

LA FILOSOFÍA COMO PASIÓN

Homenaje a Jorge Eduardo Rivera Cruchaga en su 75 cumpleaños
Edición de Patricio Brickle
Editorial Trotta, Madrid, 2003, 391 pp.

RE Este es un libro cuyos capítulos son heterogéneos en estilo y temática. Así debe ser, puesto que se trata del regalo que cada uno de los veintinueve participantes ofrece a Jorge Eduardo Rivera, y nadie espera que los invitados a esta fiesta –como a cualquier otra– traigan el mismo regalo, o, como ocurre en las listas matrimoniales, que cada obsequio forme parte de un sistema o conjunto preestablecido. Aquí, cada cual vistió el traje que más le acomodó en esta inusual manera –en nuestro medio– de agasajar un cumpleaños filosófico. Pensándolo bien, menos que inusual, si nos hacemos cargo del denso silencio de los pares que retumba en los oídos de los creadores chilenos en casi cualquier ámbito. Pero, en este caso, la participación fue masiva: filósofos, músicos, psiquiatras, arquitectos y físicos, entre otros, provenientes de Chile y Europa, se dieron cita en estas páginas escribiendo en castellano, alemán o francés. Las razones de este encuentro parecen estar a la vista: Jorge Eduardo Rivera es un maestro de la filosofía. Maestro es quien ha demostrado arte y destreza en ejecutar y enseñar algún ámbito del hacer humano. Sin embargo, esta maestría no debe entenderse, en este caso, solo como una experticia técnico-lingüística o como la capacidad de generar pensamiento, sino fundamentalmente, como la conjunción armónica de dichas habilidades, pero además, puestas al servicio del profesar, es decir, del tener en cuenta al que aprende y por lo mismo de expresarla en la forma de obra relevante. Relevante quiere decir de “mérito entre los de su clase”. Tal vez la obra de un maestro está expuesta a dos peligros fundamentales: al servilismo y al silencio. El servilismo es la forma irreflexiva con que algunos pueden engalanarse a sí mismos al nombrarse como discípulos y que no rara vez se acompaña de la incapacidad en los hechos de repensar *a radice* lo que el maestro profesa. Del silencio, en su elocuencia, nada puede decirse.

Algunos de los contertulios están inspirados en enseñanzas de Rivera, otros simplemente le muestran lo que ellos hacen –o están haciendo. Los de más allá escogieron de entre sus archivos la pieza que parecía digna a la ocasión, y unos cuantos se refieren a él como persona. Como no es posible comentar cada capítulo por separado, solo podemos señalar que se transita en ellos desde la hermenéutica y la traducción, hasta la moral, la religión, la ciencia, la amistad y el arte, y, con independencia del juicio que cada contribución pueda significar para los intereses de un lector cualquiera, en casi todos hay algo compartido y no menor: la delicadeza y claridad del lenguaje. A fin de cuentas, tal delicadeza y tal claridad ¿no son consustanciales a la filosofía propiamente ejercida?

DR. CÉSAR OJEDA FIGUEROA